

## TEXTUALIDAD, REFERENCIA Y LANGUAGE POETRY

**Bernd Dietz**

*Universidad de La Laguna*

Si no mienten algunas estadísticas divulgadas a comienzos de 1993, parece que las cuantiosas inversiones en medios informáticos llevadas a cabo por las empresas en los últimos tiempos se han saldado con un descenso de la productividad. En el caso de que no yerre el profesor Edward Mendelson, la utilización masiva del ordenador por parte de los estudiantes universitarios a la hora de redactar sus tesis y trabajos es culpable de una empobrecedora homogeneización de su sintaxis y de su nivel intelectual. Y si no se equivoca Gore Vidal en unas recientes declaraciones, el arte literario está ya muerto, aniquilado por el poder de la televisión y de los medios de comunicación de masas actuales, que habrían absorbido a sus antiguos lectores.

En puridad, esto no debería alarmar al poeta que, siguiendo al Eliot ensayista, se formara en la noción de que el modelo a seguir por el artista era el del científico, no el del bohemio, por lo que su trabajo cobraría justificación en tanto en cuanto fuera capaz de modificar el paradigma epistemológico, y no por su capacidad de seducir a un público cualificado –la sociedad literaria– con la belleza, ya añeja, ya novedosa, de sus sonos y de sus imágenes. Al fin y al cabo, la entrada en una nueva era bárbara, esta vez de la mano de una tecnología universal, estandarizada y accesible según atestiguan nuestros tres ejemplos iniciales, debería constituir un estímulo para que los auténticos artistas se replegaran en la quietud de sus talleres y gabinetes, en busca de esa iluminación originaria que procede de la búsqueda y de la experimentación en soledad.

Pero el presente defiende la moral individual más en la esfera del consumo y los placeres que en la órbita del trabajo y los valores, motivo por el cual las sociedades postmodernas casan mal con una noción neorromántica del poeta como héroe. Así, a la paulatina reducción de las funciones colectivas de la poesía se corresponde un creciente sectarismo en la comunidad de los poetas, el cual conduce, como todo repliegue defensivo, a un auge del conservadurismo. De esta manera se explica que los impulsos de renovación poética sean hoy mucho más débiles que en las primeras décadas del siglo, y que mientras el número de lectores de poesía decrece asintóticamente, los productores de poesía se estanquen en tendencias neoclásicas, costumbristas o autoirónicas, preocupados sólo por rencillas gremiales relacionadas con un canon tan minifundista como desvalorizado.

Este estado de cosas, que resulta bastante familiar al buen lector de poesía tanto en lengua inglesa como en español, hace que resulte especialmente saludable una antología como la de Esteban Pujals Gesalí, adecuadamente titulada *La lengua radical*, sinecdótica —y con probabilidad injustamente— subtitulada “Antología de la poesía norteamericana contemporánea”. Este reparo, que será casi el único que esgrimamos en este comentario, le ha de resultar sin duda injustificado al propio antólogo, en la medida en que sostiene que “el fenómeno Language”, objeto de su recopilación, representa “la propuesta de cambio más drástica y prometedor que ha producido la literatura occidental en los últimos cincuenta años.” En cualquier caso, el aserto es buena prueba de la determinación con la que Pujals se esfuerza no sólo por hacer balance de la obra de los *Language poets* en sus aproximadamente tres lustros de existencia, sino de insertar tal movimiento dentro de —y especialmente *frente a*— el panorama poético general antes descrito.

En las algo más de veinte páginas que componen la introducción, Esteban Pujals realiza una breve y atinada descripción histórico-literaria de la *Language Poetry*, mostrando el contexto en el que surge en los primeros años setenta y enfatizando su lucha militante contra la sociedad literaria establecida a través de modestas revistas y pequeñas editoriales autogestionadas por los propios poetas (una estrategia difusora, por cierto, muy parecida a la que utilizaron los poetas británicos de la órbita de Eric Mottram, *Grosseteste Review*, *Poetry Information*, Galloping Dog Press, etc. con una década de adelanto; ellos hubiesen podido tener una antología similar con no menos merecimiento).

Pujals caracteriza así los rasgos más típicos del nuevo movimiento: “un tipo de texto crítico y poético al mismo tiempo, una escritura híbrida, anfibia, que podía hablar sobre sí misma, hacer visibles sus insuficiencias con fines expresivos y utilizar al mismo tiempo su energía creativa para elaborar ópticas críticas.” Estas palabras podrían muy bien aplicarse a otras corrientes poéticas de este siglo, y Pujals hace muy bien en señalar los puntos de anclaje con el dadaísmo de Duchamp, el cubismo de Stein o el futurismo ruso.

Ello no obstante, se nos antoja que la poesía Language se manifiesta en especial deudora de esa tradición netamente americana que tiene en William Carlos Williams y Charles Olson a dos de sus más destacados ancestros. Naturalmente no me refiero al populismo democrático de Williams (tan loable en sus motivaciones como cuestionable en sus innumerables imitadores), que entiendo procede de Whitman, ni al sincretismo histórico-cultural de Olson, que supone una sesgada, y algo depauperada, herencia de Pound. Me refiero singularmente a esa guerra declarada a la tradición de las formas poéticas que, en ellos y en sus sucesores, tiene el valor de una afirmación nacionalista, en la medida en que propugna una ruptura entre Europa y América, una genealogía puramente americana en la que, por ejemplo, la literatura oral de los indios ocupe el lugar fundador de Homero, siquiera como declaración metafórica de intenciones.

Hoy sabemos que si hay un estancamiento en la poesía norteamericana análogo al que hemos predicado de países como España o Inglaterra, éste se sustenta sobre maneras poéticas muy diferentes. Y es que, como fruto de gestos semejantes a los de Williams y Olson, pero también a los de Ginsberg y O’Hara (que acentuaron la inmediatez en la transcripción de la experiencia, cayendo en un *contenidismo* ni siquiera osado por un poeta español, de Jaime Gil de Biedma a Luis Alberto de Cuenca), la inmensa mayoría de la poesía norteamericana pertenece a la vaga cate-

goría de la *prose lyric*, esto es, está compuesta por textos abiertos, autorreflexivos, lingüísticamente abigarrados y a menudo coloquiales, que huyen de la redondez formal como de la peste y que hacen gala de un entroncamiento geográfico y cultural en la realidad americana, a menudo utilizando jirones de los *media* al modo del *pop art*.

Esta precisión se me hacía imprescindible para ser justo con los *Language Poets* y con la certera caracterización que de ellos hace Pujals, pues si bien existe, a primera vista, un claro continuismo morfológico entre la poesía Language y la de los epígonos de la *open form poetry*, no es menos cierto que aquéllos conciben su praxis como algo radicalmente contrapuesto a la de éstos. “Praxis” es un término de raigambre marxista, y es en efecto curioso y eficaz el modo en el que Silliman y otros de estos creadores hacen suyos ciertos elementos de la visión marxista del mercado. Con todo, se trata de una apropiación tangencial, pues la tradición filosófica de la que se derivan los poetas Language no es la del materialismo dialéctico, sino la que se ha dado en llamar *del giro lingüístico*, que en buena parte viene a coincidir con la filosofía analítica.

Siempre cabe exclamar: *nihil novo sub sole*. Y evocar las polémicas medievales entre nominalistas y realistas, o el hecho de que en Hobbes, como antes en Maquiavelo, se producen notables tentativas de “desconstruir” la metafísica del poder. Ello no obstante, es palpable que en la cultura postmoderna los nombres que resultan relevantes son los de Saussure, Wittgenstein o Derrida, que mantienen con Husserl una relación semejante a la de Marx con Hegel. Como es ya bien sabido, el objeto de sus iras desmitificadoras son las supuestas realidades absolutas y extraverbales sobre las que Occidente levantó su metafísica, y de las que ya empezara en su día a dar buena cuenta Nietzsche. Como lo es, de un modo más específico, problematizar con lógica difícil de refutar la conexión entre el lenguaje y esa u otras realidades, a saber, la referencia.

Esteban Pujals expresa con gran poder de convicción las formas y motivaciones que asume la aportación de los *Language Poets* a esta cruzada contra la referencia, aduciendo un poema del pobre Alvaro García, Premio Hiperión de Poesía de 1989, como ejemplo prototípico de “conservadurismo formal”, “candidez epistemológica” y “comparativa insuficiencia en su ambición intelectual”. Las carencias de García se resumirían en una trasnochada fe en la normalidad discursiva, así como en el hecho de que, tras hurtarnos “la fase más o menos ardua o prolongada de incoherencia o de coherencia relativa, de articulación provisional, fluida, en la que las palabras, los versos, las oraciones, han ido disponiéndose de una diversidad de maneras”, según prosigue Pujals, acabe entregándonos una “forma pulida” caracterizada por la “claridad”. En definitiva, que en lugar de plantearse la forma y la articulación lingüística como problemas “no resueltos”, Alvaro García se empecine en resolver, para ese poema concreto y para sus lectores, el problema de la forma. Y que lo hiciera, añadiríamos aquí, del modo más previsible y estandarizado, más fiel al gusto imperante (de ahí el premio) del que fuera capaz.

Llegados a este punto, parece que conviene empezar a distinguir. Si los *Language Poets* han adquirido una indiscutible importancia histórica y poética luchando contra el uso automatizado del lenguaje y contra las formas poéticas preestablecidas (o, si se prefiere, contra la *cosificación* capitalista de los códigos de comunicación), llegando incluso al extremo de una opacidad semántica productivamente irritante, porque nos enseña otra vez a mirar y a leer, y porque vuelve a encender el hoy mortecino fuego de la experimentación verbal, ello los convierte en nobles agitado-

res del lenguaje o, si se quiere, en auténticos poetas. Mas ello no tiene por qué justificarse, esencialmente, mediante una animadversión elemental hacia la referencia, o en virtud de una antimetafísica de corte desconstruccionista.

De una parte, no hay más que recordar la coexistencia de los sonetos de Quevedo con las *Soledades* gongorinas para entender que la opacidad y la transparencia son recursos poéticos igualmente válidos y, en dicha medida, neutrales para una epistemología poética, del mismo modo que sigue resultando útil la vieja distinción de Octavio Paz entre *poesía oscura* y *poesía complicada*, en tanto en cuanto que la primera puede muy bien suscitar enigmas intelectualmente perturbadores desde una plena normalidad discursiva (caso de René Char, Ungaretti, San Juan de la Cruz), o la segunda resultar de una banalidad gnoseológica extrema, por mucho que su impenetrabilidad discursiva torne al lector dolorosamente consciente de la textura material de su lenguaje (caso sin más de muchas piezas de literatura medieval en su versión original, para no acudir a ejemplos actuales que pudieran resultar ofensivos).

Desde esta perspectiva, podemos muy bien saludar con alborozo la originalidad, el ingenio y la novedad de muchos de los poemas contenidos en esta antología, compartiendo en buena parte la alta consideración que le merecen al antólogo, y coincidiendo con Pujals en que tales propuestas aportan una saludable bocanada de aire fresco a la vez que revitalizan una tradición creativa, la que se inicia con Tzara, Schwitters, Arp o Hugo Ball, que encierra un potencial liberador poco aprovechado por la mayoría de los autores contemporáneos.

Los veintitrés poetas incluidos –Pujals aduce que se podría componer otra antología de poesía *Language*, no menos válida, con otra veintena de nombres diferentes– son figuras consagradas con una dilatada trayectoria editorial en el haber de cada uno. Los textos seleccionados son extensos y diversos, por lo que permiten que el lector se haga una idea relativamente certera de los rasgos y las tendencias de autores como Charles Bernstein, Lyn Hejinian, Ron Silliman, Carla Harryman o el canadiense, de origen británico, Steve McCaffery. Mas en especial debemos resaltar el acierto de la presentación bilingüe de los textos y, por encima de todo, la enorme valentía, calidad y destreza que se demuestran en las traducciones. El hecho de que Esteban Pujals haya mantenido encuentros personales con todos los poetas y consultado con ellos sus versiones explica sólo en parte este rotundo éxito.

En igual medida hay que ponderar sus innegables dotes como poeta en español, su honda identificación con los presupuestos filosóficos y poéticos que subyacen a los *Language Poets* y, en fin, su rara capacidad como traductor de poesía anglosajona, que ya quedara sobradamente probada en su versión de los *Cuatro Cuartetos* de Eliot. Por todo ello, y por las rigurosas e informativas notas bio-bibliográficas que preceden a la muestra de cada poeta, *La lengua radical* es tanto un documento valiosísimo como un instrumento histórico-literario de excepcional utilidad, cuyo valor ha de ser duradero y que, en el contexto de España y de la poesía española, guarda no pocas lecciones para aquellos poetas españoles, nos tememos que pocos, que estén preparados para asimilarlas.

No quisiera terminar esta modesta glosa, que más que limitarse al formato de una reseña desapasionada ha tratado de entablar un diálogo fecundo con el libro, sin duda porque autor y comentarista coinciden, una vez más, en compartir una seria preocupación por las cuestiones de filosofía, de realidad y de lenguaje que laten en el trasfondo de esta discusión sobre poesía, sin una cita que se me ocurre es pertinente a la misma. Procede de la réplica que, años después de publicarse *La escritura*

y la diferencia, le dirige Foucault a Derrida. A propósito de una afirmación de Descartes (“Y qué, se trata de locos”), Derrida se niega a ver en ella una condena de la locura articulada desde el racionalismo, y apunta, en una abierta refutación de la *Historia de la locura en la edad clásica*: “El totalitarismo estructuralista operaría en este caso un acto de delimitación del *cogito* que sería del mismo tipo que el de las violencias de la edad clásica.”

La respuesta de Michel Foucault es meditada, y tarda, como decimos, algunos años en articularse. Si la reproducimos aquí, es ante todo por sus implicaciones para el problema de la referencia, así como por su reflexión acerca del texto, el sujeto, y la autoridad.

Escribe Foucault: “Por lo menos en una cosa estoy de acuerdo: no se debe en absoluto a su falta de atención por lo que los intérpretes clásicos tacharan, antes de Derrida y al igual que él, este pasaje de Descartes. Es por sistema. Un sistema cuyo representante más destacado es, actualmente, Derrida, en su postrer resplandor: reducción de las prácticas discursivas a los indicios textuales, elisión de los acontecimientos que en ellas se producen con la finalidad de conservar tan sólo unas marcas para una lectura; invenciones de voces detrás de los textos para no tener que analizar los modos de implicación del sujeto en los discursos; asignación de lo originario como dicho y no dicho en el texto para no volver a situar las prácticas discursivas en el campo de las transformaciones en el que se efectúan. (...) No voy a decir que lo que se esconde en esta ‘textualización’ de las prácticas discursivas es una metafísica, la metafísica o lo que la delimita. Iré mucho más lejos: diré que se trata de una pequeña pedagogía, históricamente bien determinada, que, de un modo bien visible, se manifiesta. Una pedagogía que enseña al alumno que nada existe fuera del texto. (...) Una pedagogía que otorga a la voz de los maestros esa supremacía sin límite que le permite repetir indefinidamente el texto.”

Sería exagerado extrapolar esta crítica a toda la hipótesis de la desconstrucción como método de conocimiento. Pero sin duda contribuye a cerrar el círculo antiautoritario propio de la pendiente destructiva llegando al restablecimiento de una autoridad cuasi-rabínica (algo siempre aprovechable en el ámbito académico), la cual, además, exige la primacía de ciertas marcas textuales sobre lo que Foucault llama *el campo de las transformaciones en el que se efectúan*. Si se nos permite compartir un poco de “candidez epistemológica” con Alvaro García, casi parece estar diciéndonos que importan menos las palabras que las cosas, algo que al menos desde Mallarmé, el poeta de belleza sutil y decadente, nos viene pareciendo a todos anatema.

\* Esteban Pujals Gesalí, *La lengua radical*. Madrid: Gramma, 1992.